

Ç

¡

ç

§

;

ç

¡

§

Ç ç

¡

Musgos y Líquenes

§

ç

¡ §

;

Décimo número del fanzine de Serpiente de Montaña

Editado por Flores de Fuego y Pájaros del Monte

Se terminó de construir el 9 de enero de 2022, sin embargo su publicación se realizó el 1 de agosto de 2024, cuando los ritmos de la vida nos permitieron regresar a la montaña

Bogotá- Envigado, Colombia

Ç

¡

ç

§

;

ç

¡

§

Editorial

Los musgos y los líquenes no son plantas: no tienen sistema vascular ni tampoco raíces. El alimento no atraviesa su cuerpo a través de vasos conductores ni órganos específicos, por dentro todo parece ser uno. Ambas estructuras, liquen y musgo, cubren el mundo. Cubren y recubren, construyendo hogar y acogiendo el agua. Entre hojas, troncos, vasijas, alambres, piedras, paredes y asfalto. Construyen morada desde una simple espora para ir en contracorriente. Viento y humedad: indispensables para esa migración.

Serpiente funciona como un sustrato que fue creciendo voz a voz a través del aire hasta cumplir con su misión: construir un nuevo espacio de creación, de búsqueda y de confrontación. Sobre el lomo de la Serpiente vimos crecer Semillas, Montañas, Afluentes, plantas de Especias con aromas fantásticos, Raíces y Manglares, Formaciones Rocosas e incluso Cáscaras y Cortezas. La espalda de este reptil nos permitió viajar por múltiples ecosistemas, atravesar Corrientes de Aire e incluso presenciar Incendios y Llamaradas. Este mundo se cubre ahora de Musgos y Líquenes con la intención de mantener siempre viva la comunidad que se creó sobre la piel serpentuosa.



Vértigo

La tarde que moriste yo ya sabía que ibas a morir. La noche anterior hablamos juntas. Era viernes. Siempre hablábamos los sábados. Hago semanalmente una lista de tareas y siempre incluía llamarte. Las semanas siguientes volví a hacerlo y tachaba la acción porque sabía que ya no ibas a responderme. Subrayé y escribí con rabia: *No se puede más, moriste.* Conservo algunas listas que hice y en las que estás. Construimos juntas una rutina para nosotras. Una hora semanal sin pausa. Una hora en la que me describías la vida y yo te contaba lo que veía desde la ventana o aquello que se me atravesaba mientras caminaba.

No pude quedarme con nada tuyo. Somos pobres y lo único que pasa tras la muerte es que se saldan las deudas, pero no hay relojes caros; zapatos exclusivos tampoco, porque mi abuelo los hacía para ti; mucho menos carteras, muebles macizos o cerámica. Quise quedarme contigo, con algo tuyo, con algún olor, pero luego abrieron el clóset y tuve muchas ganas de llorar porque ya nada olía a ese perfumito ácido y terroso que te gustaba usar en la vejez y usabas a escondidas. O sí, pero no estaba pegado a tu cuello, sino quieto en el armario. Olías siempre a bosque. A rocío. A planta que crece y se abre. Ahora estás bajo las raíces de un árbol frondoso en una reserva, en un esquina, desde la que se ven las montañas, los árboles viejos y gorjean las aves, pero ya no hueles a vos.





A media tarde, los sábados, vos me preguntabas cómo estaba; me contabas tu cansancio; me explicabas de la vida que se agota; suplicabas e implorabas un encuentro; fantaseabas con venir a mi casa a conocerla; me preguntabas si estaba bien y no importaba si no lo estaba, siempre te decía que si, porque solo quería oírte. Sabías que no regresaría a esa ciudad; sabías que aunque tengo todo allá, ya nada me importa y prefiero estar cerca al sol.

Me bendecías antes de colgar y decías que yo soy mi madre, que sentías fresco el pecho de que así fuera. Yo me despedía dulcemente de ti y la vida continuaba mientras cada una hacía su tarea en silencio: compilar noticias para recitarlas a través del teléfono los sábados.

Pero me llamaste un viernes y yo creo que ahí todo crujió.

Era una sentencia.

O un presagio.

O un adagio.

O una despedida, pero ninguna quería hacerla.

Fue la última vez que pudimos hablar. Luego, después, ya no te vi. Ya no me oíste más. Después aprendí a nadar para encontrarme de alguna manera metafísica contigo.

↓

El sábado que moriste, después de llegar a casa sin poder llorar, salí a comprar una berenjena. Una vez te conté que me gustaba hornearla y luego ponerle tahine y aceite de oliva para esparcirla sobre un pan. Caminé, porque ahora que no estabas, quería encontrarte en todas las cosas hermosas que podía ver.

Vi tu nombre en un bus funerario; vi tu nombre en las flores de las coronas, sentí tu nombre en las cenizas tibias que me entregaron; en flores que llevaron a tu sepelio pero no te gustan; vi tu nombre en el papel de la funeraria con el que reclamé tus cenizas que habían puesto en una vasija compostable y cargué hasta tu casa.

Fuiste el musgo del camino. El liquen verdoso y opaco del tronco; el sietecueros que siempre podan en la esquina; el caladio rosa del jardín; las rosas fucsia que encontraba; un reblujo de libros dentro de una camioneta que se deslizaban y sentía que, adentro, todo era así, con formas y derrapaba; con bordes, y punzaba; con líneas y cortaba. Todo caía adentro. Todo era pesado, bultoso y aparatoso. Nada estaba en orden.

En tu velorio dije que no sabía qué decir y puse tu nombre, Paulina, al lado de las mermeladas que nunca hicimos juntas pero que siempre supe que existían. Ahora lo junto con el musgo que desaparece con el sol, pero vuelve a ensancharse con el agua. Con el agua en la que ahora floto y te recuerdo y con cada espacio chorreante en que puedo encontrarte en la dulzura que atravesamos juntas.

↓



Desde hace dos años recorro casi siempre la misma ruta los sábados. Pendulo, me detengo y encauzo de nuevo. Aproximo mi cuerpo al borde de viejos limoneros que, dependiendo de la temporada, están repletos de fruta, musgo y líquen.

He recolectado decenas de fotos.

He tocado con las yemas microecosistemas que a veces son áridos y en ocasiones desprenden agua que chorrea en las manos.

La estructura briófita de los musgos permite que su reproducción ocurra con el aire; no en el subsuelo de la raíz, sino en el cielo de las aves que planean y se posan en él. En los lechos, o colonias densas en las que viven los musgos, cada planta se ancla al suelo a través de un tallo falso que se conoce como caulidio compuesto por esporofitos; cada esporofito es una cápsula de esporas en su extremo más externo.

A medida que el viento y el agua llevan estas esporas lejos de sus camas de origen, los musgos se multiplican. Todo su cuerpo, húmedo y expandido, se divide en nuevas esporas que viajan con el aire y construyen una nueva comuna .

↓

¿Qué tocas cuando tocas un musgo?

¿Qué observo, miro y veo cuando me detengo a contemplar el musgo?

¿Qué hay ahí, en la corteza de un árbol que estuvo antes y está ahora frente a mí y yo cerca a él?

El musgo ha existido durante más de 480 millones de años y es una de las primeras especies que convirtió la superficie seca en agua. Una planta vascular que puede soportar 30 veces su propio peso que pasa inadvertida y está ahí, a la espera del movimiento terrestre.

Te toco a vos, Paulina, que como la canción de Spinetta, ahora sos parte del aire y estás en el musgo y en el agua de la piscina en la que aprendí a nadar. Te observo a vos, Paulina, que sos todas las cosas maravillosas que quedan en el mundo ahora que no estás conmigo.





Musgo en Islandia

Paseo desde mi escritorio
por lugares a los que nunca iré,
para confirmar
que el mundo es amplio,
que hay sitios lejanos
donde la gente
toma fotos
y así podemos saber
que existen.

Al lado de un río lechoso
en un paisaje de piedra gris,
muy al norte,
el musgo ha crecido
alrededor de rocas redondas
y parece pelo,
parecen cabezas,
parecen espectadores

↓

entretenidos por
las moléculas de agua
que avanzan tranquilas
en un torrente blanco
y se pierden en el horizonte
con la seguridad de que
eventualmente volverán
a pasar por acá.

Cuando regresen
esas moléculas de agua
quizás no haya cámaras
ni computadores
ni escritorios
ni personas
que escriban
poemas que no riman
sobre ellas,
pero nada de eso
las inquieta.

No sé por qué,
pero eso me tranquiliza.

Sentado frente a
este otro torrente blanco,
el de la pantalla,
veo otras cosas pasar:
un perro nervioso
que se le perdió a una familia;
instrucciones para cuidar
un jardín de musgo;
peleas entre desconocidos
que se acusan entre sí de
inconsistencias ideológicas;
los puntos que le cogieron
a un señor descalabrado
por una rama de árbol.

No hay musgo frente
a este río
y no puede haberlo:

todo va demasiado rápido,

es demasiado caliente

y el musgo necesita

frío

y quietud

para existir.





Cuerpo vegetal

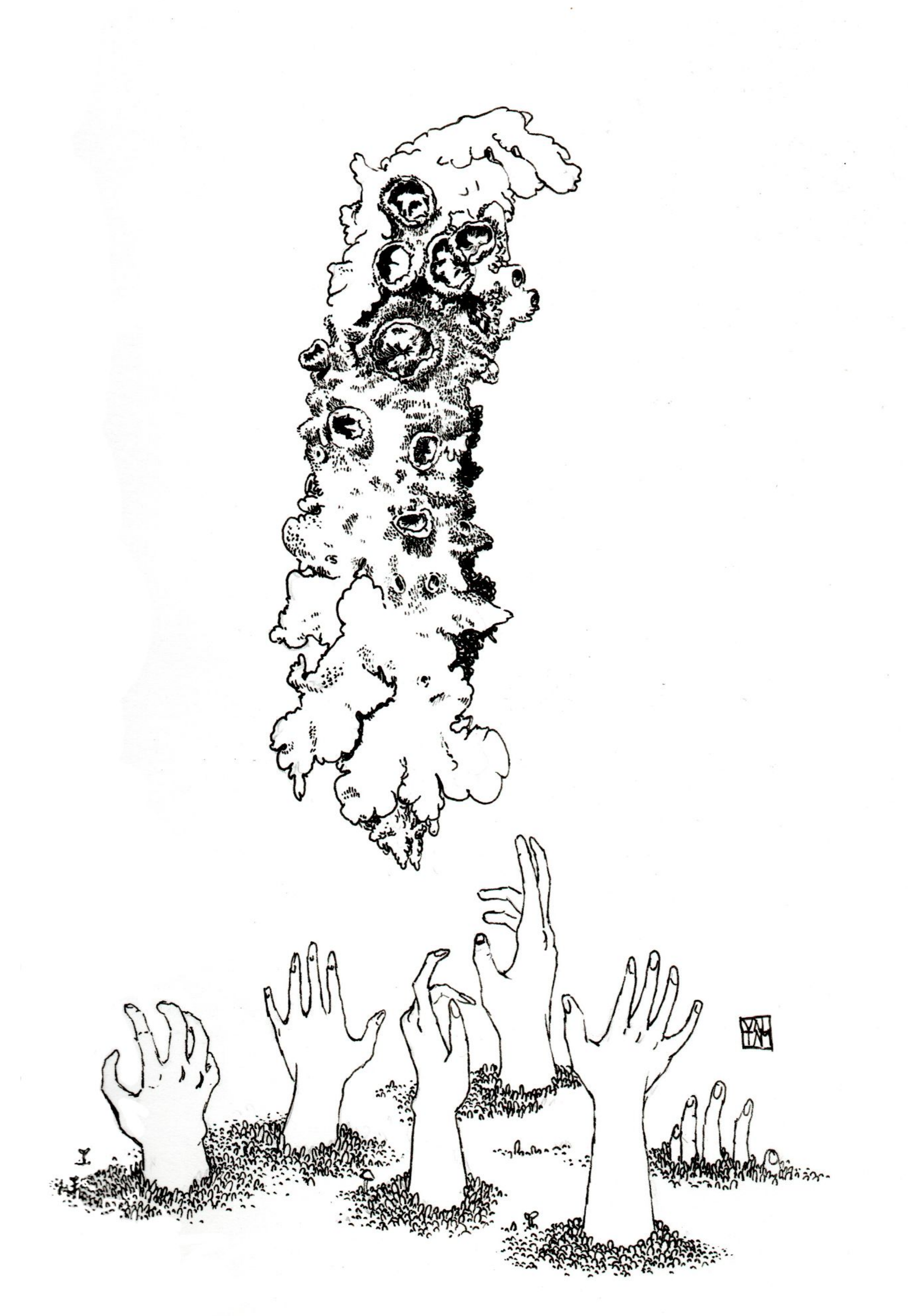
Y hundí mis dedos en el musgo
Sintiendo la humedad del rocío
La humedad de todo el bosque
Que quería jugar conmigo

Y hundí mis dedos en el musgo
Queriendo sumergirme toda
En esa maleza fría
Dulce y acogedora

Y entre más se hundían mis dedos
En esa nubecita verdosa
Más me unía para siempre
A la divina flora

Porque ya mis dedos no sentía
Y mi mano vegetal en el musgo
Para siempre
Se perdía

↓





Las golondrinas se posan en mi ventana

I

Despierto con el cuerpo tibio
y un vacío del lado izquierdo
Un olor a agua salada
                ocupa el cuarto
no sé cuál es su origen
me llena de recuerdos brillantes
Ahí
sobre la cama
siento un brote que recorre la piel
son plantas pequeñas
                        verdes
parece que nacen de mi
con delicadeza
                y asombro

↓

En calma
tomo aire suficiente
para oxigenar mi jardín discreto
e imagino que si soy tierra fértil
los gusanos también me habitan

Cierro los ojos
convencido de ser un terrario

II

Cuido tus matas
con cierta dedicación
Les hablo
porque ellas saben guardar secretos
y entienden los nudos de la ausencia
He dejado que la lluvia de estos días
                                        moje su tierra
a la palmera le han crecido más hojas
la suculenta ha estirado su tallo
el jazmín tiene flores nuevas

↓

Cuido tus matas
con cierta dedicación
Cada mañana me acerco a ellas
arranco las hojas muertas
cambio de posición a algunas
y mis ideas van a otro lado
Creo escuchar tus pasos
el sonido de una pisada sobre la arena
ver tu cuerpo atravesar la puerta
o que una nueva flor adorna una rama

Desde el balcón observo a las golondrinas
una hilera de ellas se ha posado
en el cable de luz más cercano a la ventana
equilibran su peso
como si fueran mecedoras con plumas
Esperan el momento de su partida
confiadas
mientras yo me aferro al piso
a esta casa

↓

III

Soñé que sostenía un caracol
                                        en mis manos
en su interior crecía un musgo
Al acercar mi oreja
escuché que una voz
                                susurraba un nombre
el sonido de aquellas letras
– las que formaban el nombre–
me hizo sentir un dolor profundo
                                             en el costado
Como si se tratara de un ritual
enterré el caracol en la playa
para que el musgo fuese
la casa de pequeños animales

Luego
me hundí en el mar

↓

y desperté rodeado de plantas

en una habitación distinta

porque la nuestra

                  es peligrosa

anida sombras del lado izquierdo

en ese espacio

que dejaba tu cuerpo sobre la cama





Musgo en la ventana de un bus

5: 43 am

Espero el bus

llueve

porque

se vive más cuando llueve

La mano

lo frágil

el tubo

las trescientas huellas

que mi mano ahora posee

En las sillas de cuero

sudadas

se sostienen los cuerpos

o

los cuerpos las sostienen a ellas

↓

Una silla vacía

y

un pedazo de hambre

o

un trozo de libertad

o

una defensa

Entre la mugre y el caucho

en la ventana empapada

m
u
s
g
o

El timbre no tiene ruido

llego tarde

pero alguien susurra

ese musgo crea la verdad

6:47 am

Verdad

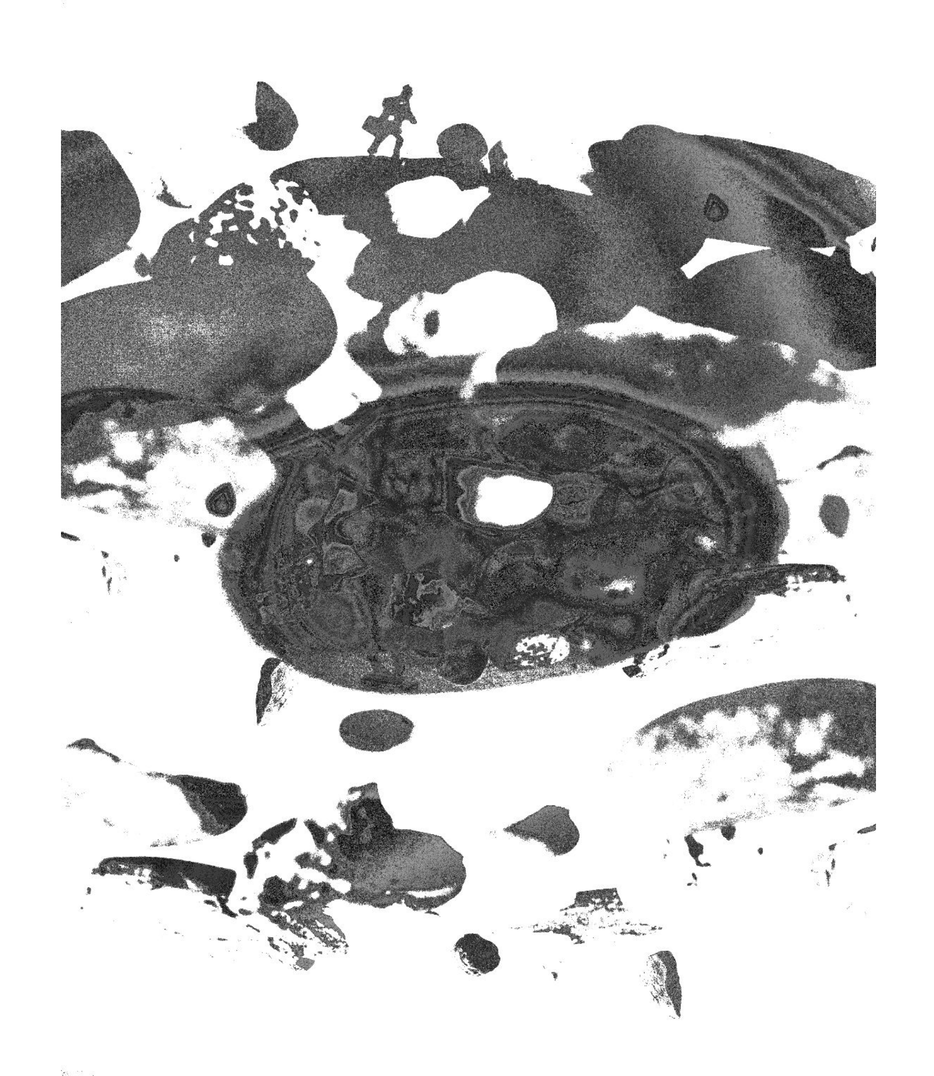
¿Ya comprendió?

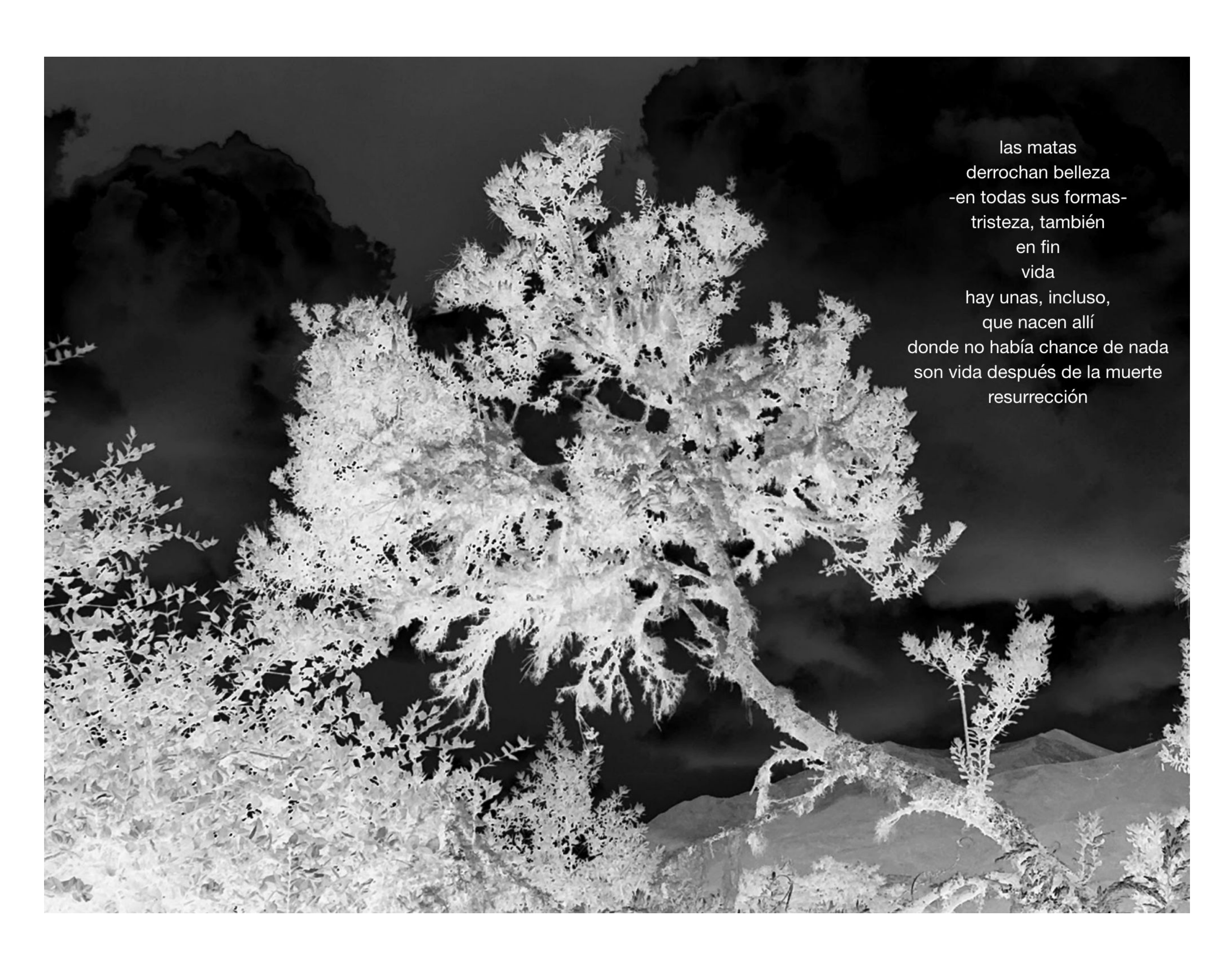
María Mercedes Carranza.

Calla, observa, di mi nombre
Acércate. Más. Otro poco,
mírame mirar, y di
mi nombre.

¿Qué crees?
Hoy, entre la oveja patimocha
y el pastorcito que sonríe,
oí la mentira decir yo
y no verde.

¡Vamos!
Di, escupe, regurgita
El nombre, ¡quiébralo de un grito!
Soy verde... como todo lo demás.





las matas
derrochan belleza
-en todas sus formas-
tristeza, también
en fin
vida
hay unas, incluso,
que nacen allí
donde no había chance de nada
son vida después de la muerte
resurrección







IVDTG

Impétigo verde de tercer grado:

Era diciembre, una familia de Jerusalén presumía de inviernos al visitar Bogotá. Esperaban en la sala de los padres, querían abrazar a la paciente y decirle cosas, peinarle el cabello como gesto íntimo de compasión, y tal vez incluso tomarla de las manos. Pero era inútil semejante imprudencia para tratar el mal: la tocaban una vez y se maldecían treinta años más con cosquillitas de pábulos verdes en la piel. Eran unas veinte personas que sabían a medias el porqué de dejar cada periódico y plato desechable en la puerta de la paciente. Desechable como todo lo que usaba, exceptuando la ropita que era la misma desde sus dos años, aunque la paciente, ya con cinco, tuviera que hacer maromas para cubrirse, porque si algo advertimos es que las prendas serían el epicentro del contagio. No se podía verla igualmente, unos cinco segundos a diario fuera de la habitación eran ya un riesgo, pero ahí estaba toda su familia a punto de notar tres años de crecimiento.

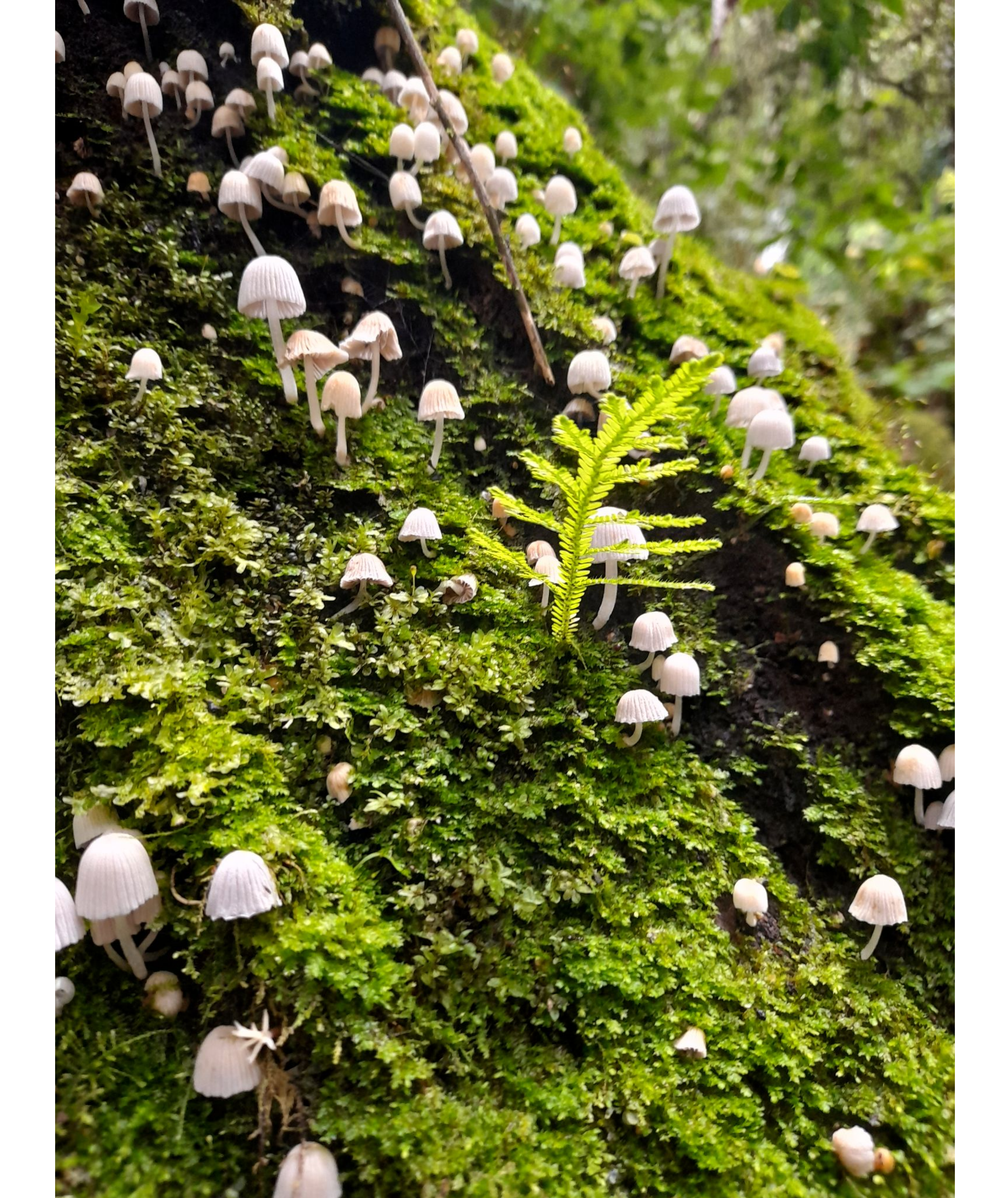
En medio de todos estaba la tía Celeste, la de alpargatas con pescaditos dorados, decía que con el calor se come menos, pero cerquita. Miraba la mesa servida y rápidamente volteaba a la puerta, ansiosa por decir eso mismo a la niña, a ver si con

empatía la dejaban salir más, porque era una tía que no creía en esas cosas de almendros malditos. Cómo iba a creer si en su propia finca tenía pinturas de almendros que su abuelo Francisco pintó cuando una vez de joven viajó a España, es que era una experta en la sensibilidad del tronco y no le parecía razonable la creencia de que la niña resultara así por el regalo que le hizo en la navidad del 2019: una esfera de flor cristalizada colgando de un pequeño tronco hecho de restos originales de almendro, que justamente Francisco le regaló al regresar de su viaje. Les gustaban los árboles.

Celeste pasó al frente y tomó la mano de Ricardo, el padre de la paciente, y caminaron juntos hacia la habitación. La tensión hecha silencio se vio nada más opacada por los impermeables que sonaban con el roce de su caminar, y los rostros no se podían identificar como pálidos, pues las mascarillas nada más dejaban ver ojos alerta. Ricardo abrió la puerta y ahí estaba la paciente, usando sus respectivos impermeable y mascarillas desechables, con su oreja pegada a la puerta. Saludó de lejos y se recostó en el umbral, donde a tres metros la veían sus primos que ya habían alcanzado el metro de estatura. La paciente, toda verde, cruzó sus manitos al terminar el saludo y así se quedó todos los cinco minutos. Celeste no paraba de llorar. Ricardo rotaba miradas de compasión entre ambas. No fue intencional.

Concluimos que resultó ser el musgo en el tronco del almendro, el que se quedó en la camisa de Francisco, el que guardó Celeste la paciente silenciosa.





Mis antojos de oso andino

Me acunó el monte,
me hizo sobrevivir lo rectangular.
Bésales.
Envuelve estos pines, un tigre blanco de
felpa, pinceles.
No me resucites.
Mi especie habita algo ensamblado.
Deposítame.
Y antes de fingir indiferencia,
llévame sólo en el iris.
Antes de que esa pantalla coma.

↓

Ojalá

sí

mereciera

este abandono de fuckboi.

Edición silenciosa de interrupción.

Ser el escriba de unas eras.

Ser testigo mucho después del impacto,

peso cósmico, violencia.

Ahogar los poros, armadura sobre silicatos y

sedimentos.

Agua fría, agua fría, ahora este no-hierba

soy.

Qué matices, abuela,

trajo lo rugoso

para hablarme en seiscientos verdes

distintos, ¿no?

Y esa ropa, ¡su ropa!

Un estado líquido del final, parece.

↓

Mis orejas, tú oreja: antenas que reciben
gloria.
No se narra con una Opus 13, digamos.
No suena a AlcolirykoZ, pero casi.
Así como esmeralda y cuarzo
son supremacía,
estos oligoelementos vegetales viven en
superioridad.
Mas casi mutismo son,
en confort que alimenta rocío.
Porque lo que yo necesitaba,
nació de su tonalidad.

Allá, afuera,
hay algo que encontró la solución.
¡Allá!
Y fría
pero partiéndola, con una sonrisa blanda.
Dime que eres agua sobre una roca.

Huecos en la realidad, redecillas de
imposibilidad microatmosférica.
No, digamos, escenario para selfie;
no es maleza de jardín.
Rey de brujos es, supera la felicidad fingida
del pesebre.
Algo
con qué forrar meteoritos que ya van
enfriando,
esos parqueados en la puerta principal.

A tu manera, eres cura.
Pides nada.
Y que te toquemos muy poco.
Pienso, ”tanta vida tejida ahí, ¿no?”
Quiero algo que cobije,
que haga de los ecos nuestros de cada día
un resorte mullido.

Quiero, todavía, curar al mundo.

Porque no te puedo amar

como una madre.

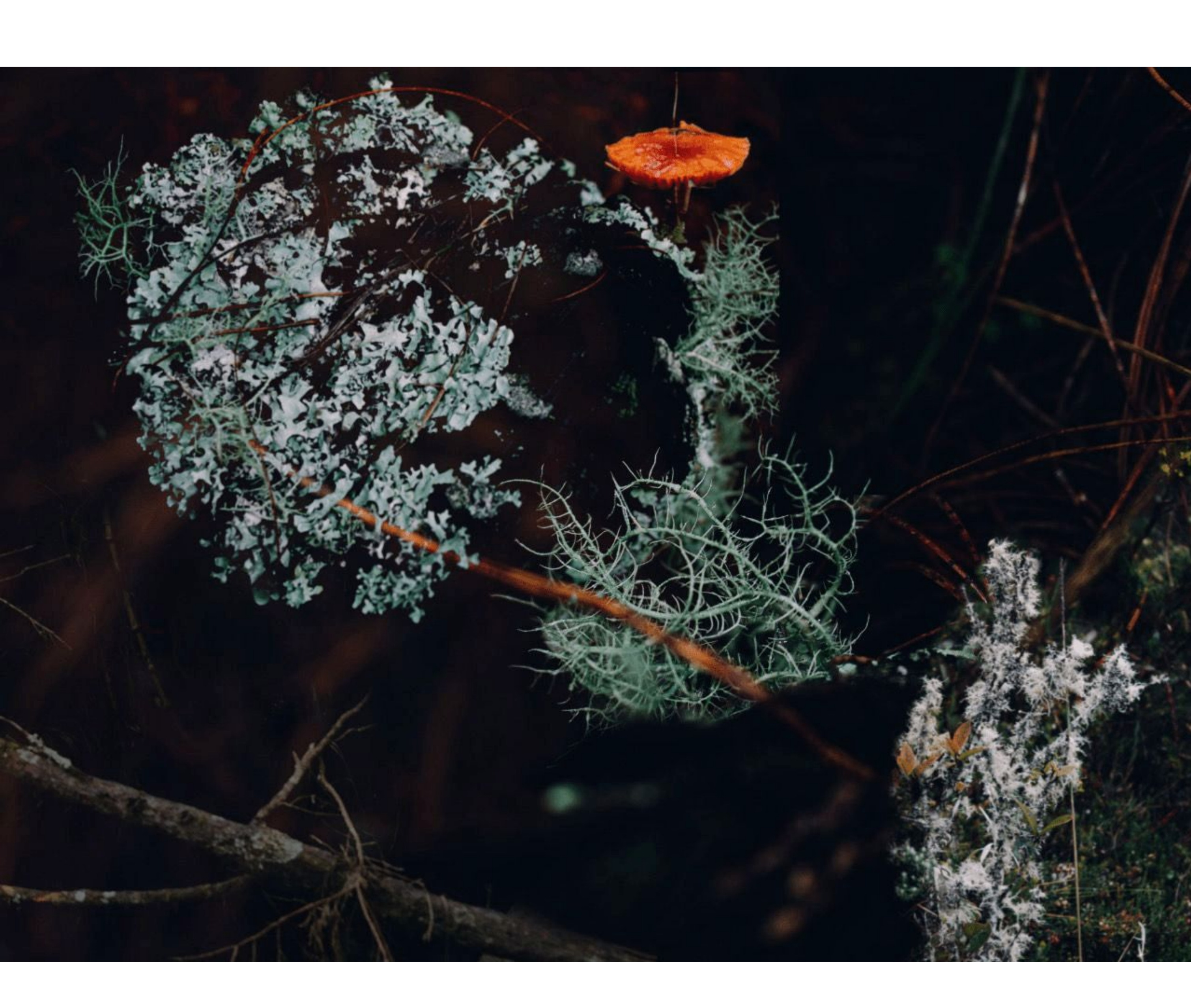
Y seguiré cazando una cura

y siempre recordaré andar monte,

buscando

que te sonrías de nuevo,

humana.



Mi jardín

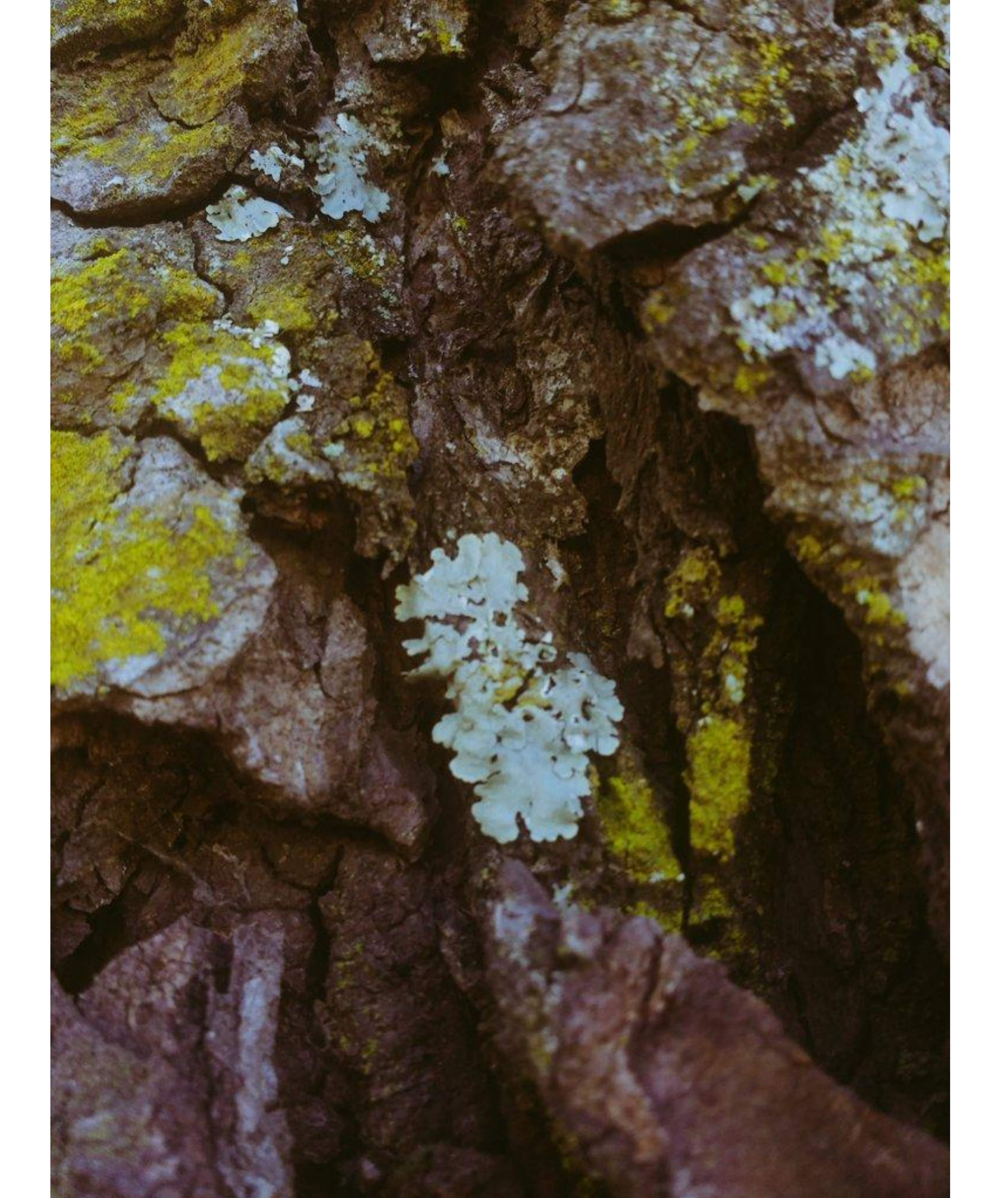
Soy yo
esta casa en ruinas,
dominada por el tiempo que rumió la cal y la volvió humedad
toda hongosa
toda fría
No hay palabras ya en esta casa y
una casa sin palabras es un árbol sin hojas.
El testimonio de un cadáver.
El rastro de la mordaza.

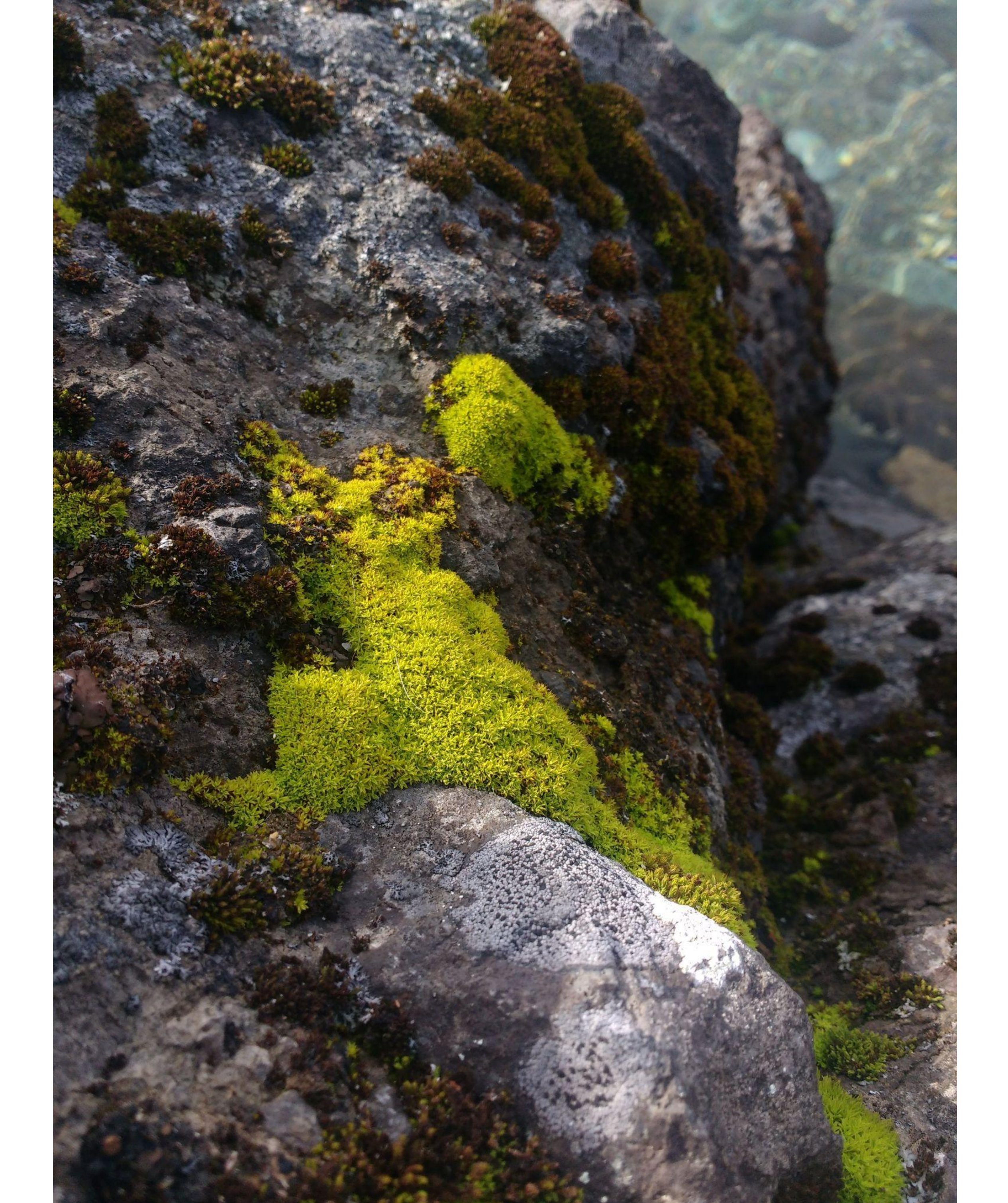
En esta casa el silencio ha sido esa nuestra plegaria.

↓

¿Cuándo construí mí casa?
Este cuerpo hecho sin mi ayuda
planeado sin mi devoción
es la copia de otros.
No hay un ladrillo mío: a mi imagen: a mi semejanza.
Solo cáscaras rotas que he visto de reojo,
pedazos secos de la piel que he ido arrancándome con dientes
y uñas.
se convirtieron en fósiles de la que un día fui.

No reconozco el moho lechoso que recorre las esquinas.
Estoy perdida en esta casa
cierro puertas y ventanas destartaladas.
El sonido chchchchchhhhhhhhhhh me recuerda que soy yo
este monstruo que supura
y con eso riego las flores.
Me pregunto:
Vas a ser la serpiente o vas a ser la piel desechada por la serpiente.





Galopar

Mi cuerpo
Una cascada
hirviente.
Luego espuma.
No hay
peces
solo sangre.
Ni hay agua
solo negra sangre.

Los caballos que me vieron de niña
han muerto y recorren el río.
Su sangre lo tiñe.
Escucho lejos el
ga lo par
de una bestia –en mi útero–
la yegua salvaje.

↓

Pienso en los huesos rotos.
Mis dientes se golpean.
Un rayo apunta sobre el cráneo
perfora hasta el cerebro, no lo t o ca

Nadie corre en la llanura. Ni yo ni el caballo
que éramos la misma.
Rompo las riendas con las uñas
a ver si nos libero.
Nadie sale libre de una jaula que siempre ha estado abierta.


A veces me pregunto cuánto tiempo ha pasado
y es el musgo crecido el que me responde.
Polifonía.



Biocortezas descalzas

No hay flores, abundan esporas
El cielo las mira o ellas miran al cielo
Son sol y luna en sus filamentos e hilos

Vienen de mares dulces desbordados
Musgos no vasculares o líquenes que no son ni algas ni hongos
Son todo en su desnuda multiplicidad

Bellos ídolos del reino fungi que habitan los polos y desiertos
Forasteros en su propio refugio, nacen incluso en la muerte
Fuerza primigenia viva que fecunda al fuego, al aire, al agua y a la tierra

Ç

¡

ç

§

;

ç

¡

§

Musgos y líquenes

fue posible gracias a

- **Verónica Matallana Chaves** (BOG, COL) Portada y contraportada,
  Musgo quemado,
  Fotografías
  Instagram: @pajaros.del.monte

- **Viviana Santos** (ENG, COL) 6 - 15
  Vértigo
  Relato + fotografías

- **Manuel Kalmanovitz** (BOG, COL) 16 - 20
  Musgo en Islandia
  Poesía
  Twitterr: @mkal121

- **Paula Alejandra Plata** (COL) 21-22
  Guasca; Suma Paz
  Fotografía análoga
  Instagram: @pauula.a000

- **Mikaela Huet-Vray** (BOG, COL) 23
  Cuerpo vegetal
  Poesía
  Instagram: @mikahuet + twitter: @mikaela_hv

- **Valtam** (ENV, COL) 24
  La Sequía
  Técnica: ilustración sobre papel
  Instagram: @valticam + twitter: @valticam + https://www.patreon.com/valtam

- **Paola Donato C.** (KIEL, GER) 25
  Arrecife
  Técnica: grabado tipo Moku-Hanga y pintura
  Instagram: @paoladonato_c + https://paoladonatocastillo.squarespace.com

- **Julio César Márquez Ariza** (CTG, COL) 26- -30
  Las golondrinas se posan en mi ventana
  Poesía
  Instagram: @sindulfomarquez_ + twtitter: @Sindulfo_ + http://desades.blogspot.com/

- **Espaf** (BOG, COL) 31-32
  Sin título
  Fotografía analógica, 35mm
  Instagram: @espaf1 + twitter: @_kyselak + https://www.flickr.com/photos/espaf

- **Jessica Toloza Rincón** (BOG, COL) 33-34
  Musgo en la ventana de un bus
  Poesía
  Twitter: @Lenu291

- **Santiago Torres Sierra** (MED, COL) 35
  Verdad
  Poesía
  Twitter: @SanTorreSierra + Instagram @santiago.torressierra

- **Raqpag** (BOG, COL) 36
  Mensajero
  Fotografía con edición digital
  Instagram: @raqpag + behance.net/raqpag

- **David Adams Rico** (BOG, COL) 37
  Resurrección
  Fotografía digital y texto
  Twitter: @admasdavid92 + Instagram @adamsdavid92

- **Paula Alejandra Plata** (COL) 38-40
  Minca
  Fotografía digital
  Instagram: @pauula.a000

- **Manuela Figueroa** (BOG, COL) 41-42
  IVDGT
  Texto
  Instagram: @elafigueroa + adkinof.wixsite.com/adkinof

- **Blanca Laura Rodríguez G.** (CDMX, MX) 43
  Del bosque seco es la humedad del pensamiento.
  Técnica: té de jazmín, acuarela, lápiz y tinta.
  Instagram: @rodriguez.blancalaura + inself.tumblr.com

- **VulpesVulpes** (MED, COL) 44
  Húmido tapiz verdor
  Fotografía digital
  Twitter: @VulpesVulpes__

- **Mutantoide** (BOG, COL) 45-49
  Mis anteojos de oso andino (Mutantoide)
  Poesía
  Instagram: @arte.mutantoide

- **Violeta Zambrano** (BOG, COL) 50
  Kunim
  Colásh de fotos digitales
  Instagram: @violetamal

- **Camila Builes** (BOG, COL) 51-52
  Mi jardín
  Poesía
  Instagram: @lagallinitaculeca

- **Librenauta** (BRC, ARG) 53-54
  Coraza de especie
  Fotografía
  Instagram: @librenau

- **Camila Builes** (BOG, COL) 55-56
  Galopar
  Poesía
  Instagram: @lagallinitaculeca

- **Polufonía** (BOG, COL) 57
  Tiempo
  Ilustración digital
  Instagram: @poludrawsbad

- **Janneth Liliana Taimal Aza** (NAR, COL) 58
  Indias bravas cuidadoras del Pàramo de Cumbal
  Técnica: lápices de colores sobre papel Lija No 600
  Instagram: @janneth.ta + facebook.com/janneth.at/

- **Ina** (MED, COL) 59
  Biocortezas descalzas
  Texto
  Instagram: @textosdelalunalsol

Este fanzine se terminó de editar el décimo noveno día del 2022 y entre sus páginas recoge agua y vientos.

Ir siempre en contracorriente, construir morada y mantenernos juntxs.

